

***Patria* (El Cultural)**

Hay que tenerle fe a la novela, a su capacidad de tener un efecto hoy. Ese tipo de convicción anima, precisamente, a las mejores propuestas de renovación, mestizaje y tensión del género, que se mueve y cambia porque es novela, no porque deje de serlo; pero al mismo tiempo, la fe en la novela incluye la posibilidad de que sus modelos estructurales clásicos vuelvan a dar resultados admirables, perfectamente ajustados a una exigencia moderna, urgente.

Patria, de Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959), es, por decirlo en la barra del bar, una novela-novela, tanto en sus aspectos más epidérmicos (la extensión, sin ir más lejos: más de seiscientas páginas confesando una vocación de centralidad) como en los técnicos (simultáneamente sofisticados y limpios) y sobre todo en los ejes fundamentales que la recorren: las relaciones de dos familias en su propio seno y entre sí, y los múltiples efectos de la vida privada en la historia colectiva y al revés. Y quien dice historia dice ideología. Mejor dicho, identidad. El resultado es el que ya he insinuado: admirable. Su mirada sobre la historia reciente de Euskadi se ajusta perfectamente a esta forma de narración plagada de saltos temporales, de diálogos a punto de artificio y sin embargo recorridos por la verdad, de gusto por el detalle. Acabada la novela, queda la sensación de haber afrontado cuestiones morales de calado sin cinismo ni cautela, partiendo de la construcción de unos personajes, prerrogativa de novelista. He aquí vidas que no son un tema, sino vidas, pero que sirven para que un tema histórico pueda entenderse y pronunciarse como merece. ETA. Terrorismo.

“A nadie le sirve la verdad”, dice un personaje de *Patria* en alusión a la izquierda abertzale y al Estado. Pero sí le sirve a la víctima. Sí le sirve al novelista, que se acerca a un pequeño pueblo vasco para observar a dos familias cuyo interés por la política había sido siempre apenas residual pero que no podrán escapar de los mecanismos tribales de presión social que pone en marcha el fanatismo. A un lado, la construcción de la patria

2017-2018



deja un padre asesinado por ETA; al otro, un hijo convertido en héroe de ETA. El vacío que queda en medio explica una sociedad.

Dentro de cada familia, opera una serie de elementos que añaden matices imprescindibles, como el modo en que las distintas generaciones se condicionan mutuamente, los efectos de las jerarquías sociales, o una maternidad magnificada y portadora de una pregunta: qué hacer con la memoria, con las voces ancestrales, con el rencor. Cómo darle una forma mínimamente habitable a la lealtad con los nuestros.

La novela, de lectura apremiante, está atravesada por una sutil corriente de situaciones que cohesionan su verosimilitud pero también su posición ética, y que podrían servir para sintetizar sus intenciones profundas. A menudo están apenas apuntadas: la hija de un amenazado que asiste a un acto abertzale, porque no va a quedar mal con las amigas; el tipo que después de descerrajar varios tiros a un objetivo se impone la exigencia ética de no meter mano en la caja registradora, porque no es eso “la lucha”; las ventanas abiertas o cerradas, los visillos entreabiertos. Patria es también un libro que captura el amor, el deseo o el desamor de sus personajes con una mezcla de cercanía y delicadeza difícil de lograr, emocionante en sus mejores páginas. Sobrevolándolo todo, la violencia. Formas de violencia: esta frase pronunciada por la madre de una etarra, tras el fin de la violencia: “somos víctimas del Estado y ahora somos víctimas de las víctimas”.

En *Patria*, esa noticia llega al comienzo, en forma de susurro: “¿Te has enterado? Dicen que lo dejan”. Las líneas finales del libro, sin embargo, recuerdan que queda mucho más por decir y no será fácil.

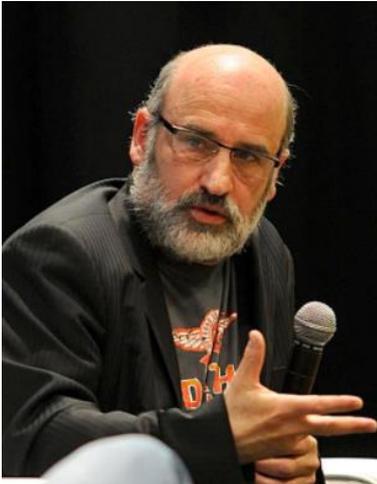
El dibujo de una sociedad enferma (República de las Letras)

Patria no es una novela canónica sobre el País Vasco, como he escuchado o leído por ahí, pues toda novela sobre el País Vasco está radicada en Alaska o Estados Unidos, según las últimas estadísticas. El conflicto ha producido esa diáspora de la imaginación en la que mejor se escribe sobre mundos lejanos que sobre la Herriko Taberna de abajo, tan peligrosa. Estamos ante una novela distinta, sobre el conflicto vasco visto desde su dureza y crueldad con la sociedad a la que ha traumatizado. Naturalmente, no la traumatiza el conflicto en sí mismo, sino un movimiento político muy concreto, que tiene todas las hechuras propias y deletéreas de los movimientos que exacerbaban la identidad nacional como un arma contra el diferente.

Fanático y preso de sí mismo, este movimiento enturbia como un humo venenoso las perspectivas sociales y familiares de los habitantes de una villa de la Guipúzcoa idealizada, tipo Azpeitia o Azkoitia, afectando incluso a quienes intentan vivir al margen de lo que respiran. La estructura de la novela se mantiene sobre células independientes sólo en apariencia. Todas juntas tejen una telaraña que atrapa al lector mediante episodios protagonizados por los distintos personajes, retazos de sus vidas que no respetan un orden temporal pero sí una astuta lógica narrativa, y nos permite apreciar de cerca las razones de todos los elementos en conflicto, el discurso que los ampara y también percibir a vista de pájaro la compleja, pero palmaria situación.

Se ha insinuado que la clave del fenomenal triunfo de *Patria*, tanto en críticas como en ventas, parte de un prejuicio ideológico. Si no habláramos del País Vasco, se alega, sino de un lugar imaginario o simbólico, como Macondo o Yoknapatawpha, la novela cojearía, pues el lector la redondea, poniendo de sí mismo, con su opinión sobre la situación vasca, lo que el libro no da.





En realidad, no existe novela o película en la que el sentido común no juegue un rol sustancial, a favor o en contra de su valor. *Si esto es un hombre* de Primo Levi o *Desgracia* de J.M. Coetzee también se nutren de referentes conflictivos. Pero si, como *Patria*, estas obras nos convencen de su atrocidad no es solo porque nos repugne el desprecio y la violencia contra el diferente o el débil, o las ideologías que los arrojan, sino por la finura narrativa que traza personalidades, conflictos y mundos asombrosamente creíbles.

La capacidad persuasiva de *Patria* depende de sí misma. El lector se sumerge como un buceador en una realidad de la que sale mojado. La pericia de Aramburu se vuelca en un relato de idas y venidas cronológicas, que conforman un retrato tenebroso del túnel en el que los personajes penetran por la inercia de una atmósfera agobiante, que crea cobardes y víctimas y algún que otro héroe involuntario. Si este retrato del País Vasco es un

embaucos de su autor, y lo que narra está muy lejos de hacerle justicia al nacionalismo, debemos aplaudir el talento de Aramburu, que estaría demostrando ser un mago más que un narrador. Pero su acierto es puramente literario. Ha sabido plasmar con unas pocas vidas la esencia de una ideología implacable con quienes se oponen a sus mandatos aunque sea con discreta rebeldía.

Los personajes de *Patria* no tienen virtudes ni defectos extraordinarios, son hombres y mujeres comunes, que se desenvuelven en una cotidianidad canónica occidental, española, europea, pero que van sufriendo la merma insólita de vivir en un clima social viciado por un sentido pernicioso de la identidad colectiva, imposible de consolidar salvo como quimera cruel. No hay tampoco una idealización del punto de vista de las víctimas ni del sistema judicial contra el que dicen luchar los victimarios. La tortura en comisaría se plasma sin medias tintas. Lo que hay es el dibujo de una sociedad enferma, afectada por un miedo promovido y dirigido por individuos convencidos de que su causa permite cualquier atrocidad contra quien no la comparta. Se subraya, a través del personaje con mayor carga simbólica, el fariseo párroco con halitosis, la complicidad de la iglesia católica en la situación de injusticia.

El acontecimiento sustancial de la trama, el asesinato del Txato por dejar de pagar el impuesto revolucionario, es una sombra que aumenta de tamaño a medida que avanza la novela, condicionando el comportamiento de todos, hacia la frialdad cruel o la valiente y testaruda petición de desagravio en dos madres cada vez más enfrentadas.

La novela narrativa frente a la discursiva o la lírica, que pese a ser tan antigua o más que la narrativa tiene una insólita aureola de modernidad, consigue con *Patria* un ejemplo plausible dentro de la literatura española. Se inscribe en la tradición de dar sentido a la realidad recreándola y pervirtiéndola en favor de una comunicación pura, distintiva, con una estructura audaz y con cálculo racional de los materiales imaginativos. La novela narrativa es a la vez un trabajo artístico y artesano, y en la tensión entre ambos radica la probidad de un esfuerzo que, en este caso, da lo mejor de sí mismo.

En el paladar del lector queda, finalmente, un regusto de dicha y consuelo. No desde luego por el presente y futuro del País Vasco sino por la literatura. La impresión de que, con novelas así, ésta seguirá teniendo vigencia.



Cuentas pendientes de la violencia (La Nación)

La Guerra Civil Española ha dado alimento por largo tiempo a la literatura de ese país, de Max Aub a Ana María Matute o Javier Cercas -e incluso fronteras afuera, como en los casos de Ernest Hemingway o Hans Magnus Enzensberger-, pero por alguna razón no del todo dilucidada el largo y desgastante conflicto por la independencia del País Vasco sólo ha sido contado escuetamente. Con unas pocas excepciones notables, como la de Antonio Muñoz Molina con *Plenilunio* (1997), ni siquiera la escasa distancia o perspectiva histórica alcanza para explicar esa suerte de vacío respecto de un trance cuya perdurabilidad -medio siglo de ETA en la lucha armada- acaso haya colaborado para que algunos de sus componentes resultaran cada vez menos cristalinos.

Fernando Aramburu, nacido en la muy vasca San Sebastián en 1959, ya se había ocupado con anterioridad del tema, en particular en los relatos de Los peces de la amargura, publicado una década atrás. Ahora redobla la apuesta con una extensa novela cuyo propósito es ofrecer una mirada amplia, abarcadora de las distintas facetas del enfrentamiento entre la organización guerrillera, que pretendía un País Vasco independiente y socialista, y el Estado español, pero en particular centrada en las víctimas de toda clase. En los muertos y en los sobrevivientes, y en el modo en que las vidas de estos últimos se transformaron para siempre.



Patria toma como punto de partida el cese de la lucha armada decretado por ETA en octubre de 2011 (y que encuentra su correlato extra-novelístico por estos días, cuando la organización acaba de anunciar su inminente desarme definitivo), y la novela entera está construida como un abanico cuyo núcleo son dos familias: la de Bittori, viuda de un modesto empresario ejecutado por ETA en un pequeño pueblo sin nombre; y la de su ex amiga Miren, esposa de un operario de clase media baja cuyo hijo mayor, Joxe Mari, lleva media vida entre rejas y que, como militante de la organización armada acarrea la sospecha -entre otros episodios que se le imputan- de haber sido quien disparó al Txato, el marido de Bittori, alguien que hasta no mucho tiempo atrás, es decir, hasta que se negó a pagar el impuesto que ETA le exigía, era alguien valorado por todos.

El texto de Aramburu posee, sin duda, dos méritos contundentes. Por un lado, el modo en que transita la temporalidad de la historia, yendo y viniendo de un suceso a otro, pero sobre todo reconstruyendo cada una de esas instancias como un encastrado, un rompecabezas que se arma muy lentamente, y casi nunca de manera lineal. Con frecuencia entonces un detalle ressignifica una serie de hechos, y ese devaneo entre la diversidad de momentos y escenarios en que se desarrolla la historia, que constantemente revelan su carácter fragmentario, es el recurso por excelencia del autor -desechando casi por completo el factor misterio- para mostrar que nada es tan sencillo si uno se toma la molestia de hundir los pies en el barro.

El otro acierto medular es no tanto el de anclar la historia en ambas orillas -víctima y victimario-, sino la decisión mucho menos obvia de concentrarse en múltiples actores secundarios, que a partir del recorrido de la novela terminan por convertirse en coprotagonistas y, como tales, logran retratar con mayor riqueza los matices de una trama que recostada en sus dos figuras principales -Bittori y Miren, ambas en una diatriba constante contra casi todo- se torna por momentos unidimensional y, a través de casi seiscientos cincuenta páginas, francamente agotadora.

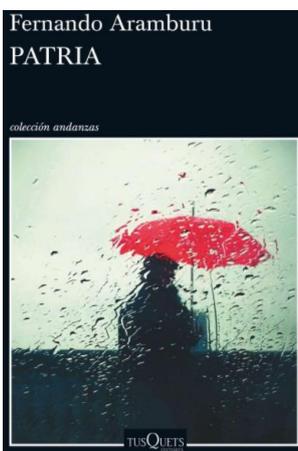
La excesiva monocromía de las dos mujeres es sin duda el principal talón de Aquiles de *Patria*. Asimismo, en el debe también habrá que anotar la irrupción del todo injustificada de una suerte de álgido alter ego del autor, alguien



que ha escrito un libro sobre el conflicto vasco y que le permite a Aramburu poner blanco sobre negro sus intenciones; entre otras, la de encabezar la "derrota literaria de ETA".

Una novela como *Patria*, en la que a diestra y siniestra se esgrime el desinterés por la política como valor esencial de una sociedad tal vez corporice, sin embargo, una derrota mucho más amplia, que ningún tipo de literatura logra contrarrestar.

'Patria', una opinión discrepante (El País)



Patria, de Fernando Aramburu, es uno de los acontecimientos político-literarios del año. La construcción de la trama es atinada, el crescendo es, simultáneamente, violento y armónico. Sus virtudes narrativas son múltiples. Es una buena novela.

Sin embargo, creo que podría haber sido mejor. Incluso mucho mejor. ¿Por qué? Porque, al menos a mí, no me incomoda. Entiéndaseme bien: me incomoda el acoso nacionalista que sufre uno de los protagonistas, me incomoda la indiferencia del pueblo ante tal acoso, me incomoda el discurso xenófobo del que da cuenta Aramburu, y también me incomodan las torturas a las que está sometido uno de los protagonistas. Pero todo eso ya lo sabía. De hecho, me parece que cualquier persona bien informada ya lo sabía antes de leer la novela (creo que Savater, hace unas semanas, dijo justamente esto). Y yo prefiero que una novela me incomode no por lo que ya sé, sino por lo que no sé. Y sé todo lo que acabo de mencionar y también sé, y sabía, que a veces fuimos insolidarios con las víctimas del terrorismo.

¿Qué es, entonces, lo que no sé? Lo que no sé es qué me une con quien decide incorporarse a ETA, o con quien simpatiza con ella, habiendo llegado ya la democracia. Quizás la respuesta correcta es, simplemente, "nada". Y es posible que esta sea la respuesta que dé Aramburu *Patria* mediante. Pero hay diferentes vías para llegar a esa respuesta. Y la de Aramburu es poco incisiva y moralmente ventajista porque presenta a la contraparte mala de toda esta historia de manera simplista y estereotipada; Aramburu elige la vía de la caricaturización de los abertzales de aldea y la ridiculización de la gente de pueblo y sus convenciones sociales como ejemplo paradigmático del independentista violento.

Los malos, en *Patria*, son ignorantes, provincianos e incluso me atrevería a decir que tienen algún tipo de déficit cognitivo notable. En ningún momento de la lectura intuyo que su maldad y la barbarie que propagan provenga de su ideología, sino más bien de sus limitaciones mentales, o sea: son bárbaros básicamente porque son cortos. Y ETA, y su entorno, al menos en los años en que empieza la trama de la novela, fue algo más que esa caricatura (de otro modo, difícilmente se explicaría por qué algunas de las mentes más destacadas de este país expresaron sus inquietudes políticas cerca de ETA, o cerca de los que se movían cerca de ETA, en los setenta y aún en los ochenta). *Patria* da a entender que la inteligencia y la intelligentsia nunca estuvo cerca de ETA. Y esto me parece muy optimista.

Alguien podría decir que, de hecho, gente como Miren o como Joxe Mari, los principales personajes abertzales, existió, y que opinaban como opinan ellos en la novela y que la novela simplemente refleja esa realidad. Pero no veo por qué la novela, como género, debería reflejar la realidad como si se tratara de un estudio sociológico. Y no me parece que elegir a los más ignorantes, de entre todos los que jalearon o formaron parte de ETA en los años ochenta, sea lo más estimulante, literariamente hablando, a la hora de construir los personajes que van a colmar de vida una novela sobre algo tan peliagudo como lo que ocurrió en el País Vasco durante décadas.



Además, no importaría que Miren y Joxe Mari fueran reales porque en una novela lo que cuenta es que sean verosímiles. Y la maldad de Miren y Joxe Mari, en muchos pasajes, carece de verosimilitud.

Si lo que se pretendía con *Patria* era armar una epopeya narrativa que tranquilizara nuestras conciencias confirmando que ellos eran los malos y los fanáticos y los burros de pueblo y nosotros los buenos (un poco cobardes, pero buenos al fin y al cabo), *Patria* funciona —y lo digo sin sarcasmo— a la perfección.

Si en cambio alguien espera que, del mismo modo que ocurre con *El impostor* de Cercas o *Lolita* de Nabokov, terminemos incómodos y preocupados porque resulta que en una dimensión no tan recóndita, una dimensión abstracta en la que habitan nuestras debilidades morales y las justificaciones espurias de nuestras elecciones de vida, nos parecemos en algún sentido a aquellos personajes por los que sentimos repugnancia, como Enric Marco, como Humbert Humbert, o como Joxe Mari o Miren, ese alguien probablemente se quedará con la sensación de que *Patria* es buena, pero habría podido ser excepcional.

Fernando Aramburu:

**“Hay quien piensa que he exagerado. Otros, que me he quedado corto”
(Vozpópuli)**

Una mujer coloca una maceta en su ventana justo el día en que ETA anuncia el fin de su actividad. La mujer se llama Bittori. Ahora que "esos" no matarán más, volverá al pueblo; dice al ir a visitar a su marido, asesinado a disparos por la banda unos años atrás. Da igual que él no pueda oírla; ante su tumba, Bittori insiste. Es su pueblo, su casa. Ahora que puede, volverá. Un geranio rojo en la ventana del piso cerrado durante años anuncia su regreso. Nunca una maceta fue más clara. Así comienza *Patria* (Tusquets), la historia que Fernando Aramburu ha dedicado a los años del terrorismo en el País Vasco y que da pie a esta entrevista.



Aclamada como la mejor novela de 2016, *Patria* lleva más de nueve ediciones y sigue dando de qué hablar. A lo largo de más de 500 páginas, Fernando Aramburu cuenta la vida de dos familias de Guipúzcoa separadas por la enorme grieta que ETA ocasiona en sus vidas. Una novela compleja, incómoda, un espejo en el que algunos lectores dicen no sentirse reflejados —muchos lectores vascos lo afirman— y en el que otros, sencillamente, preferirían no verse retratados. Su próxima adaptación televisiva alarga todavía más la presencia mediática de este libro. "Yo no puedo entrar a hablar sobre las interpretaciones de los lectores", asegura Fernando Aramburu, trazando esa raya roja con la que delimita el comienzo de casi todas sus entrevistas, incluyendo ésta.

Aunque no es el primer libro de Aramburu sobre el tema —lo preceden *Los peces de la amargura* y *Años lentos*—, sí es la primera novela que dedica enteramente a aquel infierno. En medio de la tragedia social ocurren las individuales, esas que cobran vida en la historia de sus nueve personajes, desplegados en una estructura coral. Bittori y Miren son las columnas de esta ficción. Se conocen desde niñas. Se casaron el mismo día. Sus maridos y sus hijos crecieron mezclándose en una misma familia. Todo había sido así hasta que ocurren, al mismo tiempo, dos episodios: Txato, el marido de Bittori, comienza a ser objeto de extorsión y acoso; y uno de los hijos de Miren, Joxe Mari, se mete de lleno en la lucha armada. ETA es el punto de fuga: el comienzo y el final de todo.

2017-2018



Tertulias Literarias

Hay reparo y paradoja en todo este asunto. Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959) nació el mismo año en que se fundó ETA. Y aunque la vocación literaria existe en él desde muy pronto, ha tenido que pasar una vida entera para poder contar esta historia: la suya y la de más de ochocientas personas asesinadas por la banda terrorista; pero también la de los hombres y mujeres despojados, incluso, del derecho a mirar a los ojos a sus verdugos o del pésame de quienes, para no retratarse, hacen la vista gorda con su dolor. Esas son algunas situaciones que aparecen en *Patria*, esa esclusa que Aramburu abrió, a pesar o precisamente, gracias a la distancia: vive en Alemania desde 1985. Y aunque él insista en que se marchó por amor y no por razones políticas, al partir y al volver, algo siempre se rompe. Siempre.



***Patria* produce rechazo en algunos lectores vascos. ¿Duele tanto lo ocurrido como para apartar un libro que intenta retratarla?**

Para empezar, considero razonable que un libro, por motivos variados, suscite el beneplácito de unos y el desagrado de otros. A menudo el que no gusta es el autor y, consecuentemente, cualquier cosa que este diga o haga. En el caso de *Patria*, yo sabía desde antes de escribir la primera línea el tipo de crítica adversa que ciertos paisanos míos expresarían, con poco sentido del ridículo, digamos literario en algunos casos. Esto no tiene ninguna importancia para mí. Me faltan tiempo y energía para dedicarme al comentario de comentarios. A algunos la historia sangrienta que hemos tenido durante décadas nos llevaba doliendo desde hace largo tiempo. De dicho dolor se alimentan las historias incluidas en mi novela, que, por cierto, no deja de ser eso, una novela.

Usted nació el año en que surgió ETA. Tuvieron que pasar más de 30 años para poder escribir esta historia. ¿Cómo ve el anuncio de un final para la banda terrorista?

La primera sensación es de alivio, particularmente si uno formaba parte de las piezas del tablero que el terrorismo se proponía eliminar. Reconozco en mí una propensión a la suspicacia. O sea, que no es lo mismo el anuncio de un final que el final. Así y todo, parece que vamos por el buen camino y que se están abriendo posibilidades para la esperanza y para la paulatina y no fácil recomposición de los lazos sociales. Yo les deseo de todo corazón a los niños y jóvenes vascos de ahora que no tengan que vivir lo mismo que los jóvenes de mi generación.

***Patria* propone un retablo. Sus personajes viven a la vez una tragedia personal y una colectiva. ¿Hubo algún sitio donde la violencia no se abriera paso en la sociedad vasca?**

Empezaré por una confesión. Soy reacio a interpretar mi libro. No por nada, sino porque mi relación con su contenido no es la del lector que lo ha transitado de principio a final. Lo que yo me propuse fue servirme de la ficción para contar historias de gentes comunes en un paisaje cotidiano y en una determinada época del País Vasco. Un ojo lo tenía puesto en los personajes, el otro en la realidad colectiva que hemos tenido, pero siempre poniendo ésta al servicio de la construcción literaria. La imagen general que salió de todo ello supongo que se asemeja a la que yo albergo como ciudadano, aunque por el camino aprendí cosas que antes desconocía. Hay quien piensa que he exagerado. También, no pocos, que consideran que me he quedado corto. El propio desenlace ha merecido lecturas contrapuestas y yo mismo me encuentro con que un día me causa una impresión y otro día me evoca otra.

Entre *La Carta*, de Raúl Guerra Garrido y *Cien metros*, de Ramón Saizarbitoria, ¿dónde se ubica *Patria*?

2017-2018



Estos dos escritores son pioneros en el tratamiento literario de nuestra historia reciente. Leí en un estudio perspicaz que con ellos se establecen las dos focalizaciones que han predominado en la literatura vasca que se ha ocupado del terrorismo. Guerra Garrido, en sus novelas, favoreció la perspectiva del personaje que sufre persecución; Saizarbitoria, la perspectiva del agresor actual o pasado, con todas las derivaciones introspectivas a que esto conduce. Yo me propuse reunir en un texto ambas perspectivas en sus muy diversas graduaciones, evolución y cambios, de tal forma además que una no predominara sobre la otra o no la pusiera a su servicio. La crítica débil opina que uno sólo está preparado para narrar las peripecias de aquellos personajes de su onda emocional o ideológica. O que por vivir en un sitio no se puede escribir bien sobre otro. Crasa simplicidad.



A su manera usted posee algo de Gorka. ¿La literatura lo salvó de la violencia, lo despertó de ese hechizo que actuó sobre los jóvenes de su generación?

Mi peripecia vital no se parece nada a la de Gorka, salvo en lo relativo al amor a la literatura y los libros. Yo le debo a la literatura el que me pusiera ante la vista, a edad temprana, horizontes incompatibles con el ejercicio social del odio. Me libró además de delegar en el discurso político la comprensión de la realidad. A diferencia de Gorka, yo no estaba solo con mi vocación y mis sueños. En cuanto tuve ocasión me subí a un tren.

En *Patria* usted retrata una sociedad con rasgos clasistas, con una verticalidad abrumadora y un tanto xenófoba.

Sí, pero esto no es privativo de la sociedad vasca, sino el resultado natural de aplicar un filtro por cuyos orificios sólo deben pasar los genuinos. Esta circunstancia se da allí donde se establecen dicotomías del tipo los de aquí / los de fuera, los nativos / los extranjeros, los independentistas / los unionistas, etc. Cualquier sociedad que se rija por criterios de separación y discriminación

instalará un grave conflicto en el centro de la plaza, y hará infelices a muchos de sus ciudadanos. La historia de la humanidad está cuajada de ejemplos.

Usted vive en Alemania, pero dice que de El País Vasco se llevó el dolor y la necesidad de incidir, ahora que lo ha conseguido, ¿qué siente?

Pues verá. A pesar del torbellino de entrevistas y actuaciones en que he estado metido durante los últimos seis meses, he conservado algo que me ha costado mucho conseguir en la vida: la serenidad. No albergó sentimientos excesivos. No espero, en el terreno de la satisfacción personal, nada más allá de la confirmación de que mi trabajo acaso haya sido significativo o consolador para algunos de mis semejantes.

Fontes:

- [Vozpopuli](#)
- [La Nación \(Argentina\)](#)
- [República de las Letras](#)
- [El País](#)
- [El Cultural](#)

Para saber más

- [La literatura ¿sirve para algo?: una crítica de "Patria" \(Revista Viento Sur\)](#)
- [La literatura de la patria o la patria de la literatura \(Estado Crítico\)](#)
- [Patria: Fernando Aramburu y la derrota literaria de ETA \(Revista de Libros\)](#)
- [Patria asesina versus patria colectiva \(SinPermiso\)](#)
- [Entrevista con Fernando Aramburu \(Revista Tiempo\)](#)



[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>